

51. Ramón de Basterra y Zabala

(Bilbao, 31-VIII-1888 – Madrid, 17-VI-1928)

ORIGEN FAMILIAR Y ESTUDIOS: Primero de cuatro hermanos, Mario, Frank y Carmen. Su familia estuvo muy ligada a la vida bilbaína, como demuestra que algunos de sus antepasados desempeñaran cargos en la administración pública y municipal. Su padre, que también murió en fecha temprana, fue abogado, diputado y tenía cierta querencia literaria, aptitudes heredadas luego por su hijo. A partir de ese momento la madre y los tres hermanos de Ramón pasan al cuidado y tutela de Luis de Basterra, hermano del difunto. Ramón es trasladado a la casa solariega de otra tía en Plentzia (Camposena de Butrón). Las primeras letras las recibe en el colegio San Antonio de Bilbao. Cursa bachillerato en el colegio de los jesuitas de Orduña, en donde conoció al publicista Estanislao María de Aguirre. Realizó estudios de Derecho en las universidades de Valladolid y Salamanca, licenciándose en este último centro en 1909. No fueron los estudios que le hubiera gustado realizar, y así se lo comunicó por carta al rector Unamuno, con quien tuvo una relación cordial. En alguna de las cartas que le envió al filósofo vasco, le expresa su desazón, al sentir que debería estudiar Letras. Acabada la carrera inicia su primer viaje al extranjero.

PRIMERAS OBRAS: Cuando cuenta tan solo dieciséis años, y con motivo del tercer centenario de la aparición de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1905), ganó su primer concurso literario, con un soneto titulado “*Al Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*”, en donde ya se aprecian sus gustos por el clasicismo. Escribió diversos textos a la villa de Bilbao, sus gentes y referencias más sobresalientes de su tiempo. En 1913 pronuncia su primera conferencia sobre el tema “*El artista y el País Vasco*”.

SERVICIO DIPLOMÁTICO EN ROMA: Decide preparar oposiciones para el cuerpo diplomático. De esta época del Basterra opositor data el testimonio de Juan Ramón Jiménez (1935), que resalta cómo el escritor vasco tenía un conocimiento crítico de la filosofía: “En 1913, cuando vivíamos los dos en la primera Residencia de Estudiantes [Madrid], Ramón de Basterra me dejó un ejemplar de la *Ética de Spinoza*, comentado todo por él con rayos, espadas, flechas, expansiones lineales. El libro, con su dinámico halo, parecía un sol del norte en la mañana. Ramón de Basterra tenía en sí un alto poder oriental, como el sol de la mañana. Era también excesivo y secreto. No se podía con él. Este es mi mejor y más cariñoso elogio a su memoria”. En 1915, tras quedar segundo en las oposiciones, y por razones ideológicas, solicita como destino la Secretaría española en el Vaticano. Roma constituía para el pensador uno de los más importantes pilares vertebradores de la cultura occidental, y esta concepción pasará a integrarse y a formar parte de su pensamiento y de sus obras. La estancia en Roma le procura un ambiente en el que Basterra refuerza sus convicciones religiosas, al tiempo que amplía su ideario de ribetes imperiales. En la estancia en la representación diplomática coincidió con otros dos vascos, Fermín Calbetón Blanchón (embajador) y Pablo Churrua. La carrera diplomática le permitiría conocer gentes y pensamientos distintos en toda Europa, a donde había viajado con estancias duraderas, nada más terminar la carrera, deseoso de completar el conocimiento de idiomas (Francia, Alemania, Inglaterra, Bélgica, entre

otros países), así como conocer de cerca el desarrollo del pensamiento y la filosofía. Poco antes de su regreso a Bilbao en 1917 consigue audiencia con el pontífice Benedicto XV, que le otorga la Cruz de Caballero de la Orden de San Gregorio Magno.

BREVE ESTANCIA EN BILBAO: Precisamente, al regresar de Roma en 1917, el escritor bilbaíno comienza a escribir en la revista *Hermes* –promovida por Jesús de Sarriá y la familia Sota–, en donde inicia una sección con el título de “Paseos romanos”. Fue en dicha revista (1920) donde Basterra publicó una frase que define su carácter y su estado de ánimo ante el mundo: “Prófugo soy de la melancolía”. En la revista *Hermes* ofrece también en primicia su concepto sobre Roma. Sus artículos en esa revista se extienden entre el número 6 y el 59. En esta publicación se puede rastrear la evolución de su poesía. En sus trabajos se puede observar la influencia de Eugenio D’Ors en su pensamiento.

TERTULIA DEL CAFÉ LION D’OR Y ESCUELA ROMANA DEL PIRINEO: Basterra había participado en Bilbao en la tertulia del Lion d’Or, en donde prodigó conversación e intercambio de conocimientos con otros bilbaínos ilustres, como Pedro Mourlane Michelena –periodista irunés–, Manuel Ramírez Escudero, Joaquín Adán, Juan de la Encina –el crítico e historiador del arte–, José Félix de Lequerica –que sería luego embajador de Franco–, Esteban Calle Iturrino, Pedro Eguillor, o Joaquín de Zuazagoitia, que llegaría a ser alcalde de Bilbao durante el franquismo. En todos ellos había una vocación literaria, y un interés por el estudio de las ideas que venían de Europa, o de la Grecia y Roma clásicas. Basterra, que había leído con detenimiento y sentido crítico muchas obras de pensamiento desde su juventud, era uno de los intelectuales más brillantes del momento. Afirmaba su fervor por Goethe, Unamuno, Ramiro de Maeztu, Ortega y Gasset o Eugenio d’Ors, pero también por Spinoza, y se sintió siempre deudor de las enseñanzas y descubrimiento de horizontes que el bilbaíno Pedro Eguillor le proporcionó en su juventud. Aunque es recurrente afirmar que Basterra formaba parte de la llamada Escuela Romana del Pirineo, cierto es que tal escuela no existió, sino como querencia de su intención y aspiración a compartir ciertos valores de aquella civilización grecolatina. Tal escuela no programó, a la manera de otras asociaciones, conferencias, cursos, debates –salvo el del café, que no era precisamente la mejor tribuna, aunque fuera la única que había en Bilbao–, ni siquiera intervino en los medios de comunicación como tal instancia, y no dejó de ser una invocación a la cultura clásica, pero sin que tuviera tan siquiera una declaración formal de propósitos a través de manifiesto alguno, fórmulas tan propias del tiempo. Pero, como señala el profesor José Carlos Mainer, lo que iba incubándose en aquella aspiración por el ideario romanizante era el embrión de lo que luego sería el ideario fascista de Falange Española. Cualificados contertulios del Lion d’Or, como Pedro Mourlane Michelena –fundador con José Antonio Primo de Rivera, Juan Manuel Aizpurua y Rafael Sánchez Mazas, del diario *Arriba*–, o Lequerica, abrazarían la ideología falangista. Fernando de la Quadra Salcedo, que era el intelectual más profundo de ese grupo selecto, o el periodista Jacinto Miquelarena, formaban parte también de esa deriva ideológica, que Pedro Eguillor, como ha certificado José María de Areilza, anunciaba a gritos en las tertulias su propósito paramilitar. No es extraño que el primer franquismo invocara posteriormente a Basterra como uno de los referentes ideológicos de su mitografía, junto con Ramiro de Maeztu. La hondura y la radicalidad –en sentido humano– de sus inquietudes le sitúan, no obstante, en un plano más elevado que el de cualquiera de los personajes integrantes habituales de la tertulia del Lion D’Or y el de las simples intenciones políticas. Aunque resultaría incomprensible fuera del

Bilbao alto burgués, españolista y progresivamente antiliberal de la Restauración, Bastera fue en cierto sentido una figura aislada, cuyas inquietudes, si difícilmente podían encarnar en una fuerza social de su tiempo, en cambio podrán seducir en cualquier época.

EN BUCAREST: En 1918 fue destinado a la legación de Bucarest. Durante su estancia, Bastera recorrió el país dividido por aquel entonces en dos por el armisticio, y pudo ser testigo, al finalizar la guerra, de la proclamación de su unidad. Fue en este país donde escribió una de sus más afamadas publicaciones en prosa, *La obra de Trajano*. Con la edición de esta obra se abren para Bastera años de gran efervescencia literaria. Además de una intensa actividad como conferenciante en Sevilla, Madrid, Santander, Bilbao y San Sebastián.

VUELTA A MADRID: Entre 1920 y 1924 vuelve a España al ser ascendido a secretario de embajada de segunda. Aunque su residencia se encontraba en Madrid, pudo hacer numerosos viajes al País Vasco, debido a los incipientes problemas de índole mental que se presentaron y que le exigían periodos de reposo que, por el contrario, se convierten en la fase más fecunda de la vida del poeta.

LAS UBRES LUMINOSAS (1923): Este libro es el mejor fruto de su descubrimiento de Roma y del espíritu de “la latinidad”. Bastera, en un tono épico que muy a menudo trasluce la frialdad del esquema cerebral en el que se basaba, entona su canto al catolicismo y a la grandeza de lo hispánico. Para él, la España de la Contrarreforma fue la realizadora de este ideal y de este sueño de latinidad. Esta obra es su primera compilación poética. Editada en Bilbao por Miguel de Maeztu en los talleres de Echeguren y Zulaica. En ella se incluyen tanto versos de su primera etapa como creaciones en las que puede apreciarse la depuración a la que somete la palabra y su ideario romaropirenaico. Con esta obra se convierte en uno de los artífices del cambio ideológico de la España contemporánea y en precursor del concepto de Hispanidad.

EN VENEZUELA: En 1924, tras reponerse de una de sus crisis, solicita como nuevo destino la embajada española en Venezuela, donde permanecerá tres años. En Bilbao no se daban las condiciones para crear una república de élite intelectual, como el propio Bastera explicará, con añoranza evidente, en su ensayo *Una empresa del siglo XVIII. Los Navíos de la Ilustración* (1925). En este ensayo, uno de los libros más ambiciosos de Bastera, publicado en Caracas, hace una vindicación expresa de lo que supuso para el País Vasco la floración del librepensamiento de la Enciclopedia, a propuesta de Munibe. “Weimar –escribe Bastera– es uno de los lugares, medio campesino, medio ciudadano, en que más se vivió el ideal de la Ilustración del siglo XVIII”, añadiendo: “El Pirineo español tuvo su Weimar en la villa de Azcoitia”. Esta obra resulta el más maduro y sólido exponente de su ideología y la culminación de su hispanismo. Para Bastera, España había occidentalizado y cristianizado América, perpetuando la herencia cultural con la que la grandeza de España estaba presente por siempre y muy viva culturalmente. La obra constituye un alegato a favor de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, que es para el autor uno de los instrumentos que trasladan la Ilustración a América. Obra que resulta también pionera desde la lectura historiográfica, por abrir nuevos horizontes en cuanto a la investigación histórica de esta compañía comercial, nacida en el siglo XVIII en tierra venezolana y con gran influencia económica del elemento vasco.

VUELTA A ESPAÑA FINAL: Sus crisis mentales, cada vez más severas y continuadas, le conducen a refugiarse primero en la tranquilidad y belleza de la casa de Plentzia y, a partir de 1928, en el sanatorio de Santa Águeda de Madrid, donde fallece. Su cadáver será trasladado a Bilbao y cuatro días después de su muerte fue homenajeado con una velada póstuma en el Ateneo de Bilbao, donde le dieron su último adiós sus amigos e intelectuales, presidida por José Félix de Lequerica.

FUENTES: Félix Maraña firma la entrada correspondiente en la Auñamendi digital (2005). De Gabriel Plata Parga, en su libro *La derecha vasca y la crisis de la democracia española, 1931-1936* (Bilbao, Diputación, 1991, pp. 40-44). Begoña Cava Mesa en su trabajo del DBE (vol. VII, 2009, pp. 314-317). La historiadora vasca Elene Ortega, autora de una tesis sobre el poeta bilbaíno, ha publicado recientemente un libro de especial interés para conocer y situar la personalidad de Bastera: *El prófugo de la melancolía. La poesía de Ramón de Bastera* (Bilbao, 2001). Como referencia última, Jose Ramón Blanco, *Ramón de Bastera, El resplandor de la locura* (Bilbao, Muelle de Uribitarte Editores, 2012), dentro de la colección “Bilbaínos recuperados”.